

Cambalache

"No desdénese nunca lo que parece fuera de lo corriente. Puede suceder que el incidente no conduzca a nada; pero puede ocurrir también que sea la llave que abre la puerta al descubrimiento. Esto no quiere decir que esperemos pasivamente que el azar intervenga. Nosotros debemos trabajar, trabajar duramente y conocer lo que tengamos entre manos. Las frase, con frecuencia repetida de Pasteur "el azar sólo favorece a la inteligencia preparada" es cierta, ya que la inteligencia no preparada no es capaz de ver la mano que la suerte le tiende. Trabajad duro, bien, no empachéis vuestra inteligencia con ideas a priori y estad dispuestos a recibir la buena suerte que los dioses os envíen."

Alexander Fleming.

Fleming. Toda una vida en el laboratorio. Hasta que un día le sonó la flauta. Observó, en una placa de cultivos de estafilococos, un hongo -el Penicillium notatum (la mancha blanca más grande)- que impedía el crecimiento de esas bacterias (los puntos pequeños de la parte inferior)- a su alrededor. Fue el descubrimiento de la penicilina...



(Fotos Efe y Jaimar -del libro The Beta-Lactam Antibiotics-).

La droga milagrosa (1)

Bese sin miedo y cuando quiera, con el labial rojo penicilina

Texto: Margaritainés Restrepo Santa María de El Colombiano

"Bese cuando quiera, donde quiera, como quiera. Usted se librará de cualquier consecuencia enojosa (excepto el matrimonio), si utiliza nuestro lápiz de labios rojo penicilina".

Penicilina. La Droga Milagrosa. La sustancia que aleja a la muerte. La explosión. Años 40. La novedad. Los abusos. Pastillas. Cremas. Lociones. Pomadas y...

Tanto invento... Alexander Fleming se pregunta si la extravagancia conducirá a un labial con penicilina incorporada. Su ayudante, Mortimer, no desecha la oportunidad de imaginar una supuesta campaña publicitaria para el producto... "Bese cuando quiera, donde quiera..."

ZAPATOS VIEJOS

Penicilina. ¿Casualidad?. No fui yo, fue la naturaleza... dirá Alexander Fleming... Alec... ese niño que abrió los ojos en la granja Lockfield (cerca a Darvel, Escocia), el 6 de agosto de 1881, y los dejó abiertos a la intuición, la imaginación y la observación de la naturaleza, de la vida, de la ciencia, durante 73 años.

Alec. Uno de los 8 herederos de los dos matrimonios del sacrificio y teso agricultor Hugh. El hermano de Jane, Hugh, Tom, Mary, Grace, John y Robert. El hijo de Grace Morton, una joven viuda que hizo famosos en la región, los quesos que ayudarían a pagar el estudio de sus muchachos, pero murió, en 1928, sin confirmar la fama de su hijo mono bajito, ojizul y chato.

Alec. El alumno de Marion Stirling, la chica de 22 años que le enseñó a leer y a escribir. Escolar incapaz de faltar a clase y capaz de caminar hasta cuatro millas para llegar a su primaria en Darvel. Estudiante que a los cinco años, cuando la lluvia amenazaba, veían cruzar por prados y arroyos con una muda de zapatos al cuello y protegida por su sobretodo.

Alec. A los trece vivía en una pieza alquilada, y asistía al colegio en Kilmarnock. Luego, sin mucho brillo, terminaba su bachillerato en un politécnico de Regent Street, en Londres. Con honores, su medicina en la Escuela del Hospital de Saint Mary de la Universidad de Londres. Y... años después, buscaba el moho de los zapatos viejos de sus conocidos, para examinarlo en un laboratorio.

AL ESCONDIDO

Alec. El muchacho que gastaba horas enteras viendo a un pájaro hacer su nido y observando las intimidades de una pareja de truchas. Paciente grabador de imágenes y experiencias, alerta ante lo elemental, lo inocuo, lo que pudiera "caer del aire".

Grabador de calles, multitudes y edificios, tranvías, galerías de arte, templos y coches de caballos. Atrevido observador de tejados que pretendía definir la dirección de las bombas, un día de guerra, una noche de bombardeo, en Londres.

Alec. El investigador audaz, poco audaz para el amor. Esperaba a que ella se lo pidiera -su primera esposa, la enfermera irlandesa Sarah Marion McElroy, su compañera de 34 años, hasta la muerte, el 22 de diciembre de 1948-. O tardaba 6 años en declarar su amor y culpaba de su decisión al Oráculo de Delfos -se segundo matrimonio, en 1953, a los 72 años y al escondido, con la médica bacterióloga griega, Amalia Voureka Coutsouris-.

TIEMBLAN LAS RODILLAS

El tímido y reservado científico Alec. Padre de Robert, futuro médico (nacido el 18 de marzo de

1924). Aprendió los insultos de los choferes, sentado cerca a los conductores de los buses, y sintió tres veces en la vida, temblor en sus rodillas: en una charla para médicos de la pesada inglesa, en 1909; el día que venció al Aga Khan -1907 votos contra 660- en la elección estudiantil del rector honorario de la Universidad de Edimburgo. Y, bueno... cuando probó la bebida típica griega -Tsipouro-.

El laborioso, modesto e incansable Alec. El pupilo y sucesor de Wright el patólogo jefe del laboratorio que murió en 1947 y, con él, sus guños de ojo y sus apuntes puntillosos sobre las dificultades de la inteligencia femenina.

Alec. Fue botones de hotel. Hizo cuadros y cuadros de ingreso y

egreso de mercancía, como joven escribiente de la compañía naviera American Line. Por buscarle mate a las bacterias, dormía en el hospital. Para distraer su depresión de viudo -que le enrojeció los ojos y le disminuyó la velocidad a su andar- trabajaba a puerta cerrada (como nunca lo hacía) en su laboratorio-refugio y jugaba con los aleteos de Proteus, el microbio, en el microscopio.

Duro con los altos, amable con los compañeros. Desafiante con los que poco caso hacían a su empeño. Se ingeniaba cuadros con bacterias de diferentes colores, los enmarcaba y regalaba. Parecía hojear sin interés los documentos que aprendía. No hablaba de literatura, y de ella y

de los poetas -Burns, entre otros- sabía.

PETARDO LANZADO

El familiar e imposable ratón de laboratorio, Alec. Amante del snooker. Excelente tirador. Peligroso delantero centro en Watterpolo. Resistente nadador de ríos turbulentos. Compañero de juego de sus hermanos -cuando vivían juntos en 144 Marylebone Street, Londres-: damas ajedrez, naípe, dados y hasta boxeo. Impertinente jardinero, autor de injertos, cultivador de frutas y legumbres, en su casa de campo -"The Dhoo"- cerca a Suffolk.

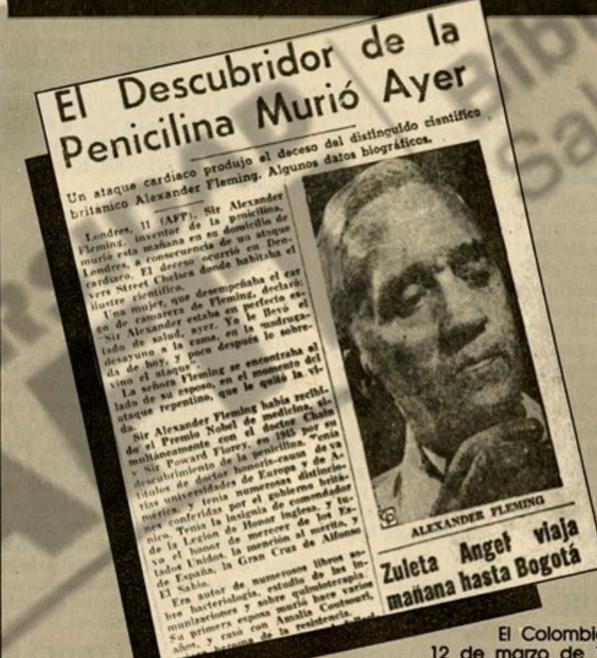
Veranos con sobrinos. Paseos por bosques y lagos. Pesca en barco con su hijo. Charlas nocturnas con su esposa y sus amigos

-la familia Pegram-. Socio del exclusivo "Chelsea Arts Club", por culpa de Ronald Gray, un agradecido paciente que le hizo pintar un cuadro de una vaca para presentarlo ante los intelectuales con la etiqueta de "valioso pintor desconocido".

Enamorado de su casa -en Danvers Street-. Una bomba había causado estragos en ella... Un cohete lanzado entre sus piernas, por un amigo charlatán, no había logrado arrebatarle más que un lacónico "petardo lanzado", de sus labios.

MUCHACHO DE 166 AÑOS

El Colombiano. 12 de marzo de 1955. Primera página, dos columnas: El Descubridor de la Penicilina murió ayer"...



El Colombiano, 12 de marzo de 1955 (Foto de Humberto Arango -Jaimar-).

Puertas que se cierran. Negativas de los dueños de la verdad oficial. El mismo cuento de siempre lo sufrió en carne propia Fleming, el científico cabeciduro, trabajador en la sombra que, en sus días de gloria recibió, de quienes antes no lo apoyaron, palmaditas en el hombro, telegramas de felicitación y muchos "ven a tomar el té con nosotros, Sir".

Sir Alexander Fleming. El que descubrió la penicilina. Casualidad, dicen algunos historiadores. Pero... casualidad parece ser todo lo bueno y valioso que nada tiene que ver con nosotros.

Casualidad fue la disculpa de ingreso al Laboratorio del Hospital de Saint Mary de la Universidad de Londres que lo ocuparía el resto de su vida -hasta dos meses antes de su muerte-. Fleming sabía echar bala... y necesitaban un experto para el equipo de tiro. Pero no eran casualidad su amor al estudio, sus distinciones médicas universitarias, su espíritu observador, su recursividad y constancia a toda prueba y sus obsesiones de análisis: infecciones, bacterias y sustancias que las doblegaran, y defensas naturales del organismo.

Casualidad... Y jornadas laborales hasta de 20 horas, en días

hábiles o en navidad. Una vida en el "lab" del Saint Mary, bajo el manto de su jefe, maestro dictador, Almoth Wright, un tanto en contravía con su pupilo, una autoridad en vacuoterapia, interesado primero en inmunizar contra las bacterias que en matarlas.

Casualidad y experiencias. Fleming. Primera Guerra Mundial. Teniente del Real Cuerpo de Sanidad Militar -en representación de Gran Bretaña-, en Francia. Un laboratorio improvisado en la sala de esgrima del casino de Boulogne Sur Mer... Los heridos de guerra. Las infecciones. Septicemia. Tétano. Gangrena. La impotencia. Una obsesión: cómo acabar con las bacterias.

Casualidad y búsqueda. Muestras de heridos, de sanos, de enfermos desahuciados, de muertos, de él mismo, de algún compañero. De pronto uñas, lágrimas, pelo, clara de huevo, algún conejo, algún ratón, comida descompuesta, moho de un zapato viejo.

LE SONO LA FLAUTA

Casualidad y recursos mínimos. En el "lab" o bajo alguna carpeta. En un sótano junto a una alcantarilla. Pipetas. Vidrio. Tubos. Placas de cultivo, tubos de ensayo, cajas Petri, soplete, lámpara de alcohol.

Casualidad y equipo. Nombres

Chato, ven a tomar el té con nosotros

de investigadores y profesionales que compartieron su trabajo y su inquietud. Su jefe Wright. Colebrook, Douglas, Perry, Morgan, Freeman, Allison, Frederick Ridley, Melvin Pryce.

Casualidad y búsqueda de apoyo. Mire. Ensaye. Detectamos la Lizosima -sustancia antibactericida-, en la mucosa nasal, en las lágrimas. Toque puertas. Busque apoyo para seguir investigando. Y nada.

Casualidad... Hasta que un día le sonó la flauta. En septiembre de 1928... Vio lo que otros no vieron pero no interpretaron. Y se empeñó en sacar adelante la sustancia que, si otros vieron e interpretaron, no sacaron adelante.

Revisaba una placa de cultivos de estafilococos, en una cajita de Petri. Detectó que se había contaminado con un hongo o moho que impedía el desarrollo de esas bacterias. Era el hongo Penicillium Notatum... Era la sustancia: la penicilina. Enemiga de las infecciones. La experiencia que publicaría en 1929 en el Diario de Patología Experimental. El comienzo de una nueva lucha -purificarla, aislarla y concentrarla en grandes cantidades, probar que no era tóxica, buscar otras bacterias sensibles a ella-. Toque puertas. Busque apoyo. Y nada.

POR FIN LA GLORIA

Por fin, en 1940, no Fleming, sino el Grupo de Oxford -con el australiano Howard Florey el judío alemán Ernesto Boris Chain-, logró obtener la sustancia pura... un millón de veces más activa que la descubierta por Alexander. Y la famosa revista científica The Lancet habló del polvo amarillo... Y También Time... Pero era la II Guerra. Era la falta de recursos. Era el riesgo para las fábricas con una sustancia que quién sabe...

Fue un laboratorio gringo, de Peoria (Illinois) el que dio el primer esbozo... Y apareció María la mohosa, una de las muchas mujeres que recorrió supermercados buscando moho en alimentos podridos...

Que se curó una meningitis, que un ojo, que una pulmonía. Y explotó la gloria. Pedidos. Todos querían utilizar el nombre. Luz verde en Gran Bretaña, del ministro de sanidad y la industria

farmacéutica. Donaciones de fabricantes y enfermos agradecidos.

Penicilina: "fue el azar, la naturaleza la hizo, yo la encontré". La gloria. Tire y hale. Venga y vaya. Como le dieron la orden de Caballero del Imperio Británico, ya le decían Sir Alexander. Y los gringos le dieron la medalla John Scott. Y la Universidad de Edimburgo el Premio Cameron. Con Florey y Chain, recibió el Nobel.

La Medalla Albert. Comendador de la Legión de Honor. La Cruz de Alfonso el Sabio. El Humanitarian Award... Hasta tres condecoraciones en dos días. Doctorados de universidades de Europa y América -de Harvard para arriba y para abajo-.

Conferencias por todos lados. Invitaciones. Visitas. Francia. España. Italia. Holanda. Bélgica. Estados Unidos. Suiza. Grecia. Pakistán. Afganistán. La India. Brasil. Irlanda. Palmaditas de la Royal Society de Londres. Que venga y le posa al escultor francés Baron, para su medalla para la Real Casa de La Moneda. Cuéntenos, usted es casado, cuál es su deporte favorito, quién le pagó los estudios, tiene niños... Oiga -le llovían los periodistas-.

Le llovieron distinciones y también lagartos... A ese chato que quedó con su nariz deformada, por un esquinazo involuntario con un compañero de infancia, que le partió el cartilago. A ese chato que con tanto homenaje se sentía a veces como un "conejo aterrado". A ese chato que quizá recordaba, en medio de tantos pagos de última hora de la humanidad... la escapadita a una pelea de boxeo en el Madison Square Garden... Las marchas escocesas que lo recibieron en Oklahoma... Los besos y abrazos, los pacientes arrodillados y la caravana de carros y pitos que lo recibieron en Madrid... Las rosas y claveles que le brindaron cuando paseaba por el mercado de flores de Barcelona... La corrida y el baile de flamenco que lo esperaban en Andalucía... la bandeja de plata de sus compañeros de laboratorio... Y la carta que le llegaba de África del Sur, de su maestra de infancia, Marion Stirling, felicitando a su "amiguito" y comunicándole que gracias a una inyección de penicilina, su nietecita se había salvado.

Once de marzo. En la mañana. Alexander Fleming sale del baño, pálido, con náuseas, con dolor en el pecho. Un ataque cardíaco. Inclina la cabeza.

"... Había estado tan bien esta mañana... Yo le llevé el desayuno a la cama... Leyó los diarios y la correspondencia... Me pidió que le alcanzara un termómetro... Bebió un vaso de agua y se extendió en la cama... Creímos que se trataba de una ligera indisposición... Lady Fleming está transida de dolor..."

"... Su casa fue visitada por los cacos no hace mucho... Quisieron llevarse un cofre con las medallas e insignias honoríficas del científico, pero se arrepintieron luego y lo dejaron, sin abrir, en la vereda, junto a la puerta de la calle..."

La sustancia que aleja a la muerte... Fue la razón de ser de muchos esfuerzos de Alec, el que descubrió la penicilina, modesto defensor del trabajo en equipo que consideraba más fácil partir el átomo que curar un resfriado común, y moría en Londres, cuando preparaba entusiasmado un viaje al Próximo Oriente.

La sustancia que aleja a la muerte... ¿Qué podría importarle a Javier Pereira, un muchacho colombiano de 166 años que vivía en Montería, en marzo de 1955?...

Alexander y su pequeño amuleto -una rama de olivo del sitio donde enseñó Platón-. Peleó años y años contra las bacterias, contra las infecciones.

Javier y su largo bastón de palo. Fue testigo del Sitio de Cartagena y luchó en las guerras de la Independencia.

Fleming y Pereira aparecían en las primeras páginas de El Colombiano, cuando empezaban a construir la urna de cristal para la Chozza de Marco Fidel Suárez. Cuando Dean Cockel, el retador de Rocky Marciano, campeón mundial de todos los pesos, mostraba su corbata en la prensa y Francia lloraba a su poeta Paul Claudel. Cuando el sabio atómico Bruno Pontecorvo pedía un acuerdo internacional que prohibiera las armas atómicas, y la ciudad de Neiva se quejaban por el alto costo de la vida -a 3.60 el kilo de carne, a 30 centavos cada huevo-.

Cuando un Nixon que no imaginaba su Watergate se media sombreros en Panamá, los ingleses polemizaban sobre el matrimonio de la noble Margaritha con un plebeyo... y los paisas soñaban con una carretera asfaltada Medellín-Sonsón.

Con todos sus honores de investigador científico, entre pecho y espalda, mientras llovían telegramas de duelo y se congestionaba la línea telefónica de su casa, en el exclusivo barrio de Chelsea, el Fleming que prefería bajarse de último en los aviones, sería enterrado en un sitio de honor, junto a Nelson y Wellington, en la Catedral de San Pablo de la capital inglesa.

Pereira, con todo su cansancio, de pies a cabeza, con sus recuerdos de jornalero (hasta los 162 años) de la finca El Socorro, sus sentidos y facultades diezmados, su sombrero y su largo bastón, seguiría viviendo, a lo mejor sin penicilina, y de la caridad pública...

Mañana: segundo y último informe. ¿Y si es verdad que los antibióticos son drogas milagrosas?

FUENTES DE CONSULTA

Libros: "Fleming", de Javier Cruz -colección Los Revolucionarios del Siglo XX-. Enciclopedia Universal Ilustrada -Espasa-. "The Beta-Lactam Antibiotics", de Sydney Swlwyn. "B-Lactam Antibiotics", de M. H. Richmond.

Doctor Eduardo Leiderman, especialista en enfermedades infecciosas. Archivo de El Colombiano.